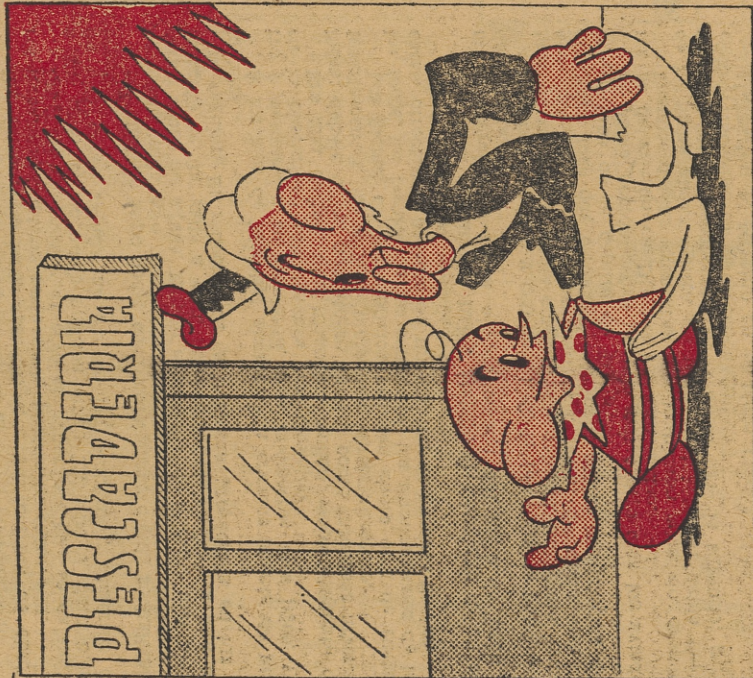
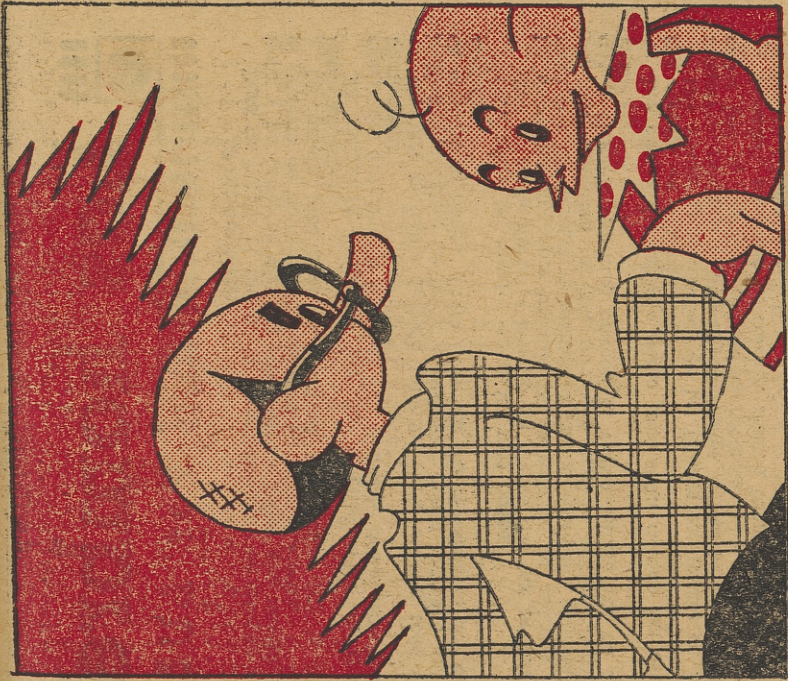




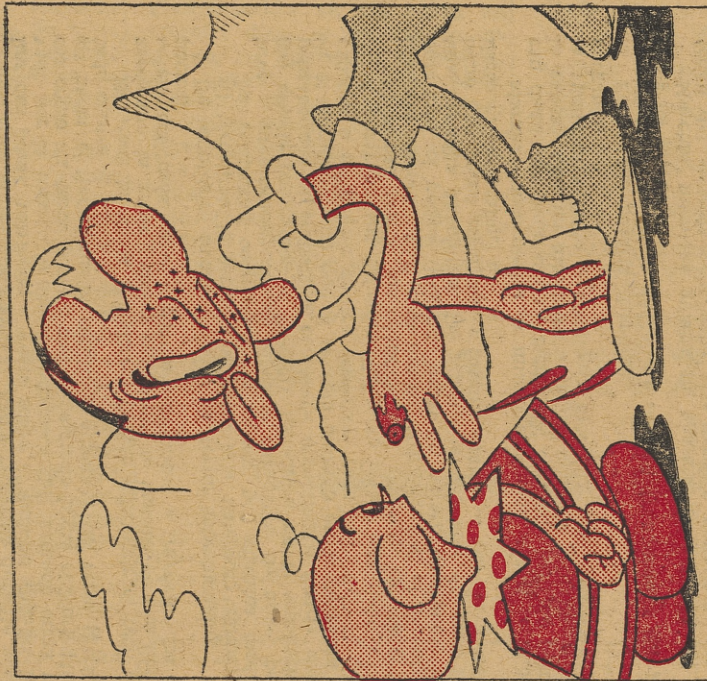
EL PROFESOR. — VAMOS A VER, PEQUE: ¿CUAL ES
el futuro del verbo «hantarse»?
EL «PEQUE». — Tomarse una purga.
(Remitido por ANA Mª MOMPÓ
11 años. - VALENCIA.)



— ¿Es verdad que los peces grandes se comen
a las sardinas?
— Sí, hijo mío
— ¿Y cómo se las arreglan para abrir los ba-
rriles?
(Remitido por PEDRO CRESPO
CLIMENT. 13 años. - VALENCIA.)

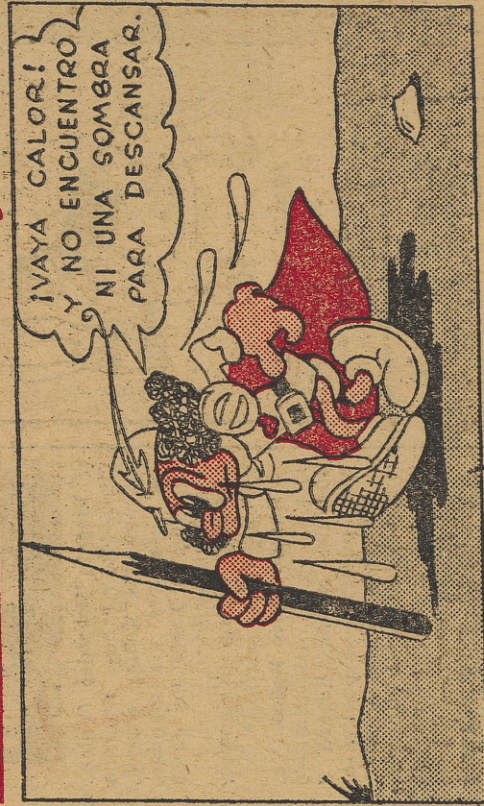


— ¿Quién descubrió América?
— Cristóbal Colón.
— ¿Y qué hizo después de poner un pie en
el Nuevo Continente?
— Poner el otro pie.
(Remitido por MIGUEL MOLAS
11 años. - VALENCIA.)

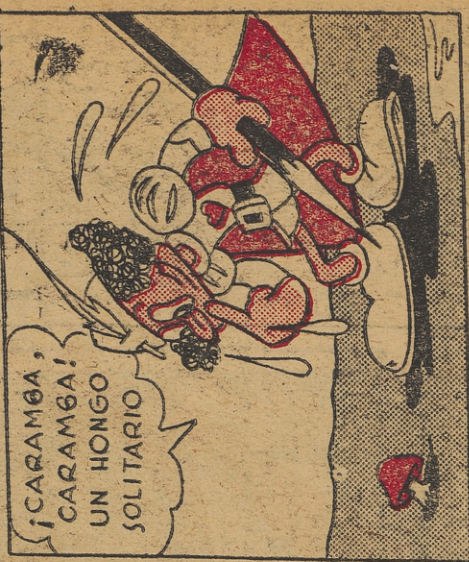


— Me ha mordido un gato el dedo.
— Le sale sangre; ¿lo ha desinfectado Vd.?
— No; porque se lo llevo el gato
(Remitido por JOSE ARIÑO.
13 años. - TORRENTÉ)

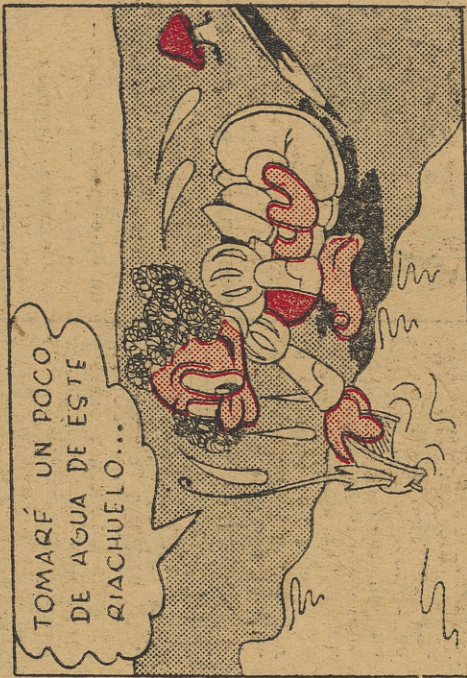
LAPICERIN BUSCA SOMBRA



¡VAYA CALOR!
Y NO ENCUENTRO
NI UNA SOMBRA
PARA DESCANSAR.



¡CARAMBA,
CARAMBA!
UN HONGO
SOLITARIO



TOMARÉ UN POCO
DE AGUA DE ESTE
RIACHUELO...



...Y REGARÉ EL
HONGO, QUE
DEBE ESTAR
MUERTO
DE SED.



¡OH! ¿QUÉ
ESTUPENDO!



¡AJAJAJÁ! ASÍ
DA GUSTO.

Colaboración MANITA



Maria del Pilar Pérez,
12 años, Meliana
(Valencia).

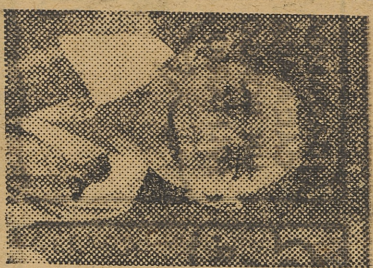


Miguel Collino, 12 años,
Valencia.

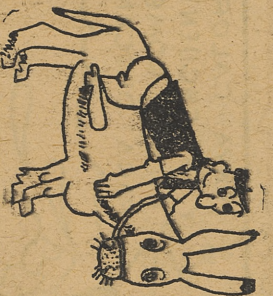


Francisco I. Fernández,
15 años, Gijón.

Album de Honor



JESUS DEL POZO
11 años, Bellmánet
Valencia



SAN ISIDORO

—¿Cuál es el colmo de un herrero?
—Que su hijo sea un hacha.
Francisco Navarro

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un herrero?
—Coner con cucharas de madera.
Sébastien Ruada

LOS REYES CATOLICOS

José Canel, 11 años,
Meliana (Valencia).



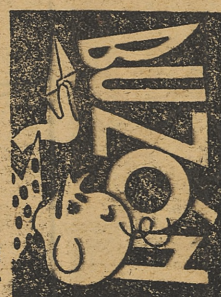
Eduardo Ponz, 14 años,
Valencia.

CHISTES

—Oye, Peque, a ver si me adivinas de qué llenaremos un jarro para que pese menos que vacío.
—Eso está difícil.
—Pues no es tan difícil como tu crees, porque para que pese menos, lleno, que vacío, se llena de agujeros.
Rosario Deusa Pellicer
9 años, Valencia.



Domingo Gujarró,
12 años, Valencia.



Vicente Hércules (Valencia). —No sabes ninguna adivinanzas menos conocidas? Esa que me mandas, la conocen hasta los gatos así de pequeños.
Miguel Optino (Valencia). —Publicaré tu dibujo, si publicas tu elefante.
Ramon Peris Pedro (Valencia). —El trasatlántico que me envías, llegará a buen puerto y se publicará.
Eduardo Ponz (Valencia). —Publicaré tu dibujo, que verás muy pronto en estas columnas.

Francisco E. Ferrández (Gijón). —De tu envío, aprovecho un colmo y un dibujo. Veo que eres uno de mis amigos los constantes, y eso me satisface en gran manera.
Domingo Gujarró (Valencia). —Los retratos de los Reyes Católicos, están bastante bien, y entran en tu plan, su publicación.

Antonio Penadés (Valencia). —Lo mismo te digo por tu caballo con alas.
José Sánchez (Valencia). —Tu chiste va al cesto irremisiblemente, pues me ha parecido que no encaja en las columnas de "El Peque". Otra vez será.
José Verdguer (Valencia). —¿Por qué no has terminado esa cabeza de guerrero que me enviaste? Es una lástima, porque está bien.



Antonio Penadés, 10 años
Valencia.

Los hombres que vuelan

(Continuación)

Pero no perdí el tiempo en consideraciones de ningún género, y no tardé en oírse el ruido de un motor que resonó en el desierto de hielo, interrumpiendo su silencio eterno. Le instalo, hizo girar la manivela y se lanzó por la brillante superficie. El aeroplano, sostenido por sus extensas alas, se elevó enseguida, dirigiéndose hacia el Sur, donde se destacaban altas montañas. Marchal se había dirigido también hacia ellas a toda velocidad, con objeto de llegar a cualquier punto habitado antes de cerrarse la noche. Ahora la niebla iba espesándose por momentos.

Cela sobre los montes como un velo opaco. Por la parte Norte se levantó un viento frío que arrastraba nubes de polvo por las salvajes laderas de las cadenas de montañas. El aeroplano, empujado por el torbellino, avanzaba con una espantosa rapidez, surtiendo a veces grandes sacudidas y choques violentos cuando el viento aumentaba en intensidad. Los planes del aparato aéreo temblaban cuando las ráfagas creaban en violencia. Del fondo de los valles, de los flancos escarpados de las montañas, subía el rugido de los aludes, de las piedras arrastradas por la impetuosidad de la borrasca. Marchal, agarrado al volante, resistía como podía la colera de los elementos.

En una noche espantosa. El aviator había encendido uno de los potentes focos del aeroplano, con el que iluminaba delante de sí las nubes que pesaban. La tempestad aérea, lo mismo que vino sorprendiéndole de repente, por decirlo así, cesó al poco rato. Pero, ¡cuantos peligros no tuvo que desahar antes de que se calmara, mirando a todas partes, con as féciones des-encañadas por la angustia, por el frío y por el temor a cualquier accidente!

No supo jamás qué distancia había recorrido durante aquellas dos horas, volviendo a veces sobre el camino andado. Levado por la tormenta, abandonado más allá, azotado otras veces como un barco por las olas, arrastrado hacia el Norte, luego hacia el Sur, bajo la continua amenaza de verse precipitado contra el suelo. Si, desde la tierra, se hubiera podido distinguir el foco del aeroplano, la gente hubiera creído que se trataba de una llama aérea arrastrada en una carrera vertiginosa a través de los espacios.

De pronto, se apoderó de él un terror sobrehumano. El torbellino le arrastraba hacia una tenebrosa garganta. La tempestad comenzaba de nuevo, por cuantos medios tuvo a su alcance, procuró elevarse para huir de aquel peligro que le presentaba el Destino. La altura no le espantaba, pensaba que el aeroplano, como era muy fuerte, podría resistir el huracán; pero que si se veía lanzado en la garganta se exponía a estrellarse contra cualquier roca.

A pesar de sus esfuerzos no pudo evitar este peligro. El viento, según empujándolo con violencia en medio de ligeros silbidos unas veces roncós, otras agudos; el aeroplano esquivaba el peligro, huyendo como un pájaro persiguido por una bandada de buitres. De repente, el reflector del foco iluminó una pared escarpada y maciza contra la que iba a estrellarse el aeroplano. Marchal experimentó la misma sensación que si le hubieran dado una patada en medio del pecho, pero no perdió la cabeza. Con un movimiento rápido como la centella, le dio la vuelta al volante y dirigió la máquina por el ángulo de la garganta.

Pero, ¿qué pasaría después? ¿Serían franqueables sus redes de granito? Marchal, mientras guiaba su aparato, se veía ya en el fondo del abismo; aguardaba este terrible desenlace, que le parecía inevitable, cuando de pronto el viento le levantó hasta donde revoloteaban las águilas durante los días de calma. Levado por una corriente favorable y no encontrando más que una leve resistencia, Marchal notó que la máquina había salvado el escollo. El viento se calmó. El cielo se había aclarado. Fueron apareciendo algunas nubes.

Marchal suspiró con satisfacción. Por fin, podía cantar victoria. En el fondo del valle brillaban algunas luces; una ciudad dormía, ignorante de la lucha que acababa de sostener el débil aviator.

Marchal experimentó una gran necesidad de descansar. Estaba deshecho, con los ojos hinchados, los nervios excitados y todo el resaca de la emoción. Un cuarto de hora después, distinguió al fondo del valle una luz vaga e indistinta; se dirigió hacia ella y observó que a medida que se acercaba, iba aumentando de tamaño. Marchal vio las llamas de un incendio a más de cien metros de distancia.

Un pinar arde, por los cuatro costados; las llamas se elevaban en torbellino, en medio de nubes de humo y de cenizas; algunos poblados montañeses colgaban sin vida, tranquilos y monótonos, en el bosque, alrededor del pinar hormigueaban miles y miles de personas españolas y extranjeras del lecho en lo mejor de su sueño por el rugido de las llamas. Marchal pasó por su máquina, sobre aquella tormenta de llamas. Cuando la multitud le distinguió en la zona luminosa, se alzó un grito clamoroso que llegó hasta él. Sin duda, le tomaron por un fantasma. Le pareció ver que algunas mujeres se arrojaban; pero no pudo prever la significación de las actitudes vistas a tal distancia.

Pero, y se desvaneció en la sombra violácea de la noche. Aún siguió corriendo durante dos horas más por aquellas espesas tinieblas con gran despreocupación, procurando únicamente ganar el tiempo perdido. Bajo sus pies oyó un sordo rumor. Miró y vio unas luces que no tardaron nada en desaparecer. Entonces se decidió a bajar. El aeroplano, apoyándose en las copas arborescentes, se dejó llevar suavemente, bajando poco a poco hacia la tierra. Después de evitar más de una vez las copas de los árboles, Marchal vio a través de la entumada el agua de un riachuelo.

Por fortuna, la luna apareció tras una cortina de obscuros nubarrones, último resto de la pasada borrasca. Entonces el aviator observó el panorama, que se extendía a sus pies; el riachuelo brillaba entre los árboles, describiendo una curva rápida al pie de las montañas, cubiertas de bosques.

Marchal no supo darse cuenta del lugar donde se hallaba; descendía más aún, haciendo funcionar la hélice superior y cortando sobre las aguas. Envió evolucionando durante una hora, pasando de un valle a otro, manteniéndose siempre a una altura regular. El reflector de la máquina proyectaba su luz a lo lejos.

A los pies de Marchal apareció un enorme puente de hierro y después, a su izquierda, diez kilómetros más lejos, vio en la oscuridad una intensa reverberación. Era una ciudad, una magnífica ciudad, resplandeciente de luces; debajo de su abertura se abrían, como inmensas arañas fosforescentes, las calles iluminadas fantásticamente. Los globos de luz eléctrica relucían como ojos de fuego; los focos, los faros de los comercios, las iluminaciones de las casas, ofrecían el aspecto de un montón de gusanos de luz.

¿Qué ciudad era aquella? Sin duda el huracán había alejado al aeroplano de su camino, acercándole hacia alguna ciudad del golfo de León o de Liguria. Marchal lo temió y con razón. Si la fatallidad le había alejado de su camino, podía considerarse vendido. En efecto, hacia días que había comenzado la carrera, de modo que no quedaban más que otros dos días para salvar la distancia que le separaba de la capital de Italia. Se había acordado que uno de esos cuatro días los aviator se detuvieran en Dijón o en Montebellio. Después de las aventuras que le habían sucedido, llegado a un lugar desconocido, en la noche del segundo, pero, ¿dónde estaban los otros compañeros?

¿Llegarían al término en el plazo fijado? ¿Descendería en los prados del Castillo durante la tarde del día 4 de mayo? El aviator se dejó caer en la ciudad, presa de tales pensamientos; apagando la luz del reflector para no llamar la atención. Parecía un ave nocturna, uno de esos habitantes solitarios de las ruinas milenarias que vuelan en las tinieblas con un vuelo lento y silencioso en busca de su presa.

(Continuara)

¡REVOLTILO!

Amiguitos de EL PEQUE

- 147 Vicentín Marco

148 José Nebot

149 Adeyne Ferrand

150 Teresa Jordá González

151 José Luis Carbonell

152 Juan R. Colom

153 Pepito Duart

154 Emilio Sánchez

155 Amparín Dolz

156 Diana Torregrosa

157 María Mercedes P.

158 Cándida Sánchez

159 Gustavo Irazzo, de Valencia

160 Manolín Martínez, de Valencia

161 Vicente Hernández

162 Leonor Sanjuán

163 Vicentín Ene

164 Pedro M. Capaz

165 Pilar Cebrián

166 M.ª del Carmen Palmer

167 José Luis Palmer

168 Esperanza Tortola

169 Justino Gil

170 Alfredo Liago

171 Raimundo Osañ

172 José Luis Herranz

173 José Jordá

174 Consuelín Lozano

175 Francisco March Ferrer, de Valencia
- 176 Paquita Abril

177 Pablito Hernández

178 Pablito Hernández

179 Mariula Herrero

180 Mariano Serra

181 Antonita Beida, de Valencia

182 Carmelo Cases, de Valencia

183 Emilio Besa, de Valencia

184 María Paz Gabaldón Mo. ya, de Valencia

185 Carmen Sánchez Robles, de Teruel

186 Amparín López, de Valencia

187 Manolito Tamborero, de Castellón

188 Pilarín Jiménez, de Albalat dels Sorells

189 Carlos Gil, de Valencia

190 Estrella Martínez, de Benimámet

191 Isabelín Vifala, de Calamellar

192 Andrés Cozar, de Valencia

193 Lolita Torres Gil, de Náquera

194 José Ventura, de Valencia

195 Francisco Monchofí, de Valencia

196 Rafael Monchofí, de Valencia

197 Vicente Calabulg, de Valencia

198 Juan Ferré, de Valencia

199 Lolín Fuchol, de Valencia

200 Juanita Crespo, de Valencia

201 Vicente Cabrelles, de Valencia

202 Elena Domenichelli, de Valencia

203 Moisés Artacotia, de Valencia

204 Conchita Giner Orenades, de Valencia

205 Marisa Domenichelli, de Valencia

206 Enrique Molina, de Alginet

207 Daniel Ramón, de Valencia

208 Carmen Ortega, de Valencia

209 Angelín Valiente, de Valencia

210 Juanín Peris, de Valencia

211 Juan Antonio Portolés, de Valencia

212 Vicente Genovés, de Valencia

DAVID Y GOLIAT

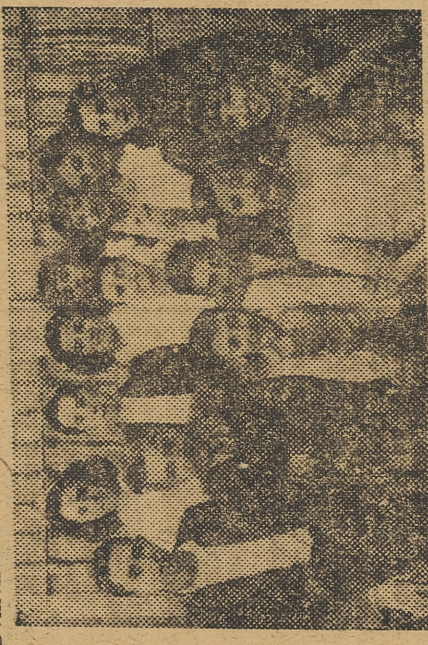
(Viene de la pág. anterior)

Hasta que un día sucedió lo inevitable. Tanto viajar de maute y ocultarse en todas aduanares ires ejipod o bien, y el paquidermo sentimental fué apresado por unos hombres que se dedicaban a la venta de ejemplares raros con destino a parques públicos. Pero la suerte le favoreció. Fué bien cuidado y trasladado a España, donde lo adquirió el Ayuntamiento de Madrid con destino al Zoo del Retiro. Si alguna vez vais por allí, observareis atentamente. A lo mejor descubris al saltamontes «Saltarin», que de regreso de uno de sus viajes, le cuenta sus impresiones... El paquidermo, sencillo y sensible hoy, es ya un poco viejo. Ama a los niños y les toleria todas sus travessuras. Es un filósofo y sabe perdonar porque siempre fué bueno. Ahora la selva, pero sí le lleva. nuevamente allí, encontraría en falta el ruido de los automóviles y el chirriar de los tranvías... Y más que todo esto, las vocetas infantiles que tanto le placen.

F. I. N



FALLA INFANTIL NUM. 13.—Comisión de las calles Sogueros y Dr. Chiarrí: Presidente, Vicente Medina; vicepresidente, Vicente Navarro; secretario, Manuel Doménech; vicepresidente, Carlos Puig; tesorero, Vicente Lladro; presidente de festejos, José Ferrández; vocales, Julieta Martínez, Roberto Candel, Pepita Lladro, Paquita Sanchis y Merceditas Martí; belleza fallera, Conchita Doménech.



FALLA INFANTIL NUM. 15.—Comisión de la calle de Alboraya y advachentes: Presidente, Francisco Navarro; vicepresidente, Francisco Peralta; secretario, José Besa; vicepresidente, Antonio Torres Contador, José Carbonell; tesorero, Francisco Navarro; vocales, José Antón Civera, Galo González y José Ballester; falleras de honor, Pepita Peralta, Julieta Mari Tortajada, Rosita Martí, nez, Pepita Sales, Laurín Cañete, Carmencita Torres, Pepita Colomer y Carmencita Antón Civera.

CURIOSIDADES

- La ley del péndulo "finé descubierta por Galileo en 1583.

Simón Mago, en tiempos de Nerón, se estralló en Roma al tratar de volar desde una casa a otra.

En Munich hay una biblioteca fundada en el año 1660, que contiene 900.000 volúmenes impresos y más de 22.000 manuscritos.
- La incubación de los huevos de la golondrina de mar dura tres semanas.

Los animales carnívoros baten el agua para beberla; los herbívoros la sorben.

El territorio de Nueva Méjico lo descubrió Fray Marco, de Nizzen, en el año 1539.



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

...nuestro amigo se detuvieron, y al mirar en la dirección de la claridad, el calor y los ruidos, se encontraron a la entrada de un antro terrible, cuyo interior ardía en altísimas llamas. Las rocas formaban en aquel punto un arco natural, sobre el cual se leía en enormes caracteres:

ANDANZAS DE LAPICERIN

bado aún los peligros del agua. Este debe ser un número fuera de programa.

Y el numerito aquel, era de aupa y de órdago a la grande. El paisaje se hacía cada vez más tétrico. El ambiente plomizo de la tarde, el centellear de los relámpagos y el estruendo de los truenos, era para poner pavor en el corazón mejor templado. ¡Aquello era una tormenta, y no lo que uno ve desde el balcón de su casa!

La lluvia caía cada vez con más fuerza, y convertía los caminos en resbaladizos barrizales, por donde se hacía imposible transitar y se tenía el peligro de romperse la crisma.

Lapicerín y el enano caminaban sin decir palabra, atentos solamente al lugar donde ponían los pies.

Cerró la noche, y la tormenta no sólo no cesaba, sino que iba en aumento, y se acercaba, se acercaba, hasta que nuestros héroes la tuvieron sobre sus cabezas.

¡Popopooooooooom, pom, pom!

—¡Mi madre!—exclamó Lapicerín.— Ese rayo ha caído por ahí cerca.

—Sí—dijo a su vez el enanito.— Mira cómo arde la maleza por este lado.

Señalaba a su derecha, donde una columna de humo negro ascendía entre unos resplandores rojizos.

¡Popopooooooooom, pom, pom!

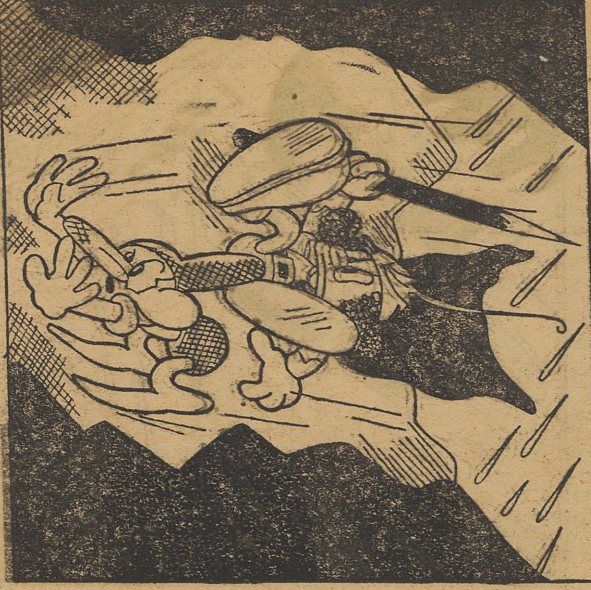
—¡Mi respetable tía! Ese ha caído más cerca aun. Cien metros a la izquierda, otra hoguera señalaba el lugar donde había aterrizado la exhalación.

¡Popopooooooooooooom! ¡Pom, pom! ¡Traca, traca, traca!...

—¡Ay, mi abuelita la pobre! Aquí no gana uno para sustos.

Lapicerín no pudo ya lamentarse más. Un cuarto rayo,

Ciudadano dando vueltas...



ANDANZAS DE LAPICERIN

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

Nuestros amigos se detuvieron, y al mirar en la dirección de la claridad, el calor y los ruidos, se encontraron a la entrada de un antro terrible, cuyo interior ardía en altísimas llamas. Las rocas formaban en aquel punto un arco natural, sobre el cual se leía en enormes caracteres:

INFERNALIA

—¡Caramba, caramba! Ya hemos llegado a la mansión del fuego—fueron las primeras palabras de Lapicerín.

—Eso parece—asintió su compañero.—Y habremos de entrar, enanito. Aquí nos resulta imposible el retroceso, y por otra parte, esto es un número previsto en el programa.

—Así es. Pero has de revestirte de todo tu valor. Lapicerín: pasar por el fuego es mucho más difícil que cruzar el mar.

Pero el muñequito ya no le escuchaba. Había visto un poco más allá una segunda arcada, ante la cual un diablillo montaba guardia paseando ante ella, con un enorme tridente sobre el hombro izquierdo, y esto había fijado su atención.

—Mira aquello—dijo al enano, señalando al centinela.—Aquí encontrarás guardados de ese modo todos los accesos. Si consigues burlar esa estrecha vigilancia, el triunfo será tuyo. En caso contrario, nunca podrás salir de aquí.

—¡Bah!—exclamó Lapicerín.— ¡Eso es fácil. Con una gota de elixir de vida, seremos invulnerables.

Ya se disponía a ingerir el elixir maravilloso, cuando:

—¡No lo hagas!—le interrumpió el enano.— Ese elixir no surte efectos bajo la luz roja. Ten en cuenta que el verde y el rojo son dos colores complementarios, y eso anula la virtud del líquido.

Lapicerín quedó anonadado. El rayo que momentos

